

EL GRAN BUVFON



Semanario ilustrado de humorismo.
14, Núñez de Balboa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618.



La inocencia nacional.

(Dibujo de R. Marín.)



El epílogo de todas las aventuras.

20 céntimos.

Genio y figura...

(Dibujo de Féliz.)



—Y ¿qué hago yo ahora, señor cura?

—Resígnate otra vez, Inocencia, á perder lo que has prestado. Lo mismo que cuando tu novio te dió palabra de casamiento. Inocencia...

❁ Inocentadas. ❁

La inocentada cuenta la edad del mundo. Sabido es que el estado de Adán y Eva en el Paraíso era el de inocencia. Y sabido es que si perdieron aquel estado, fué á consecuencia de una inocentada que les dió el mismo demonio, abusando de su natural inocencia.

Desde entonces, perdida la inocencia del hombre, la humanidad se divide en diferentes clases de pillos; á los de última clase, ó categoría ínfima, se les llama inocentes, considerados en relación con los de clase más elevada. Pero la inocencia absoluta no es de este mundo. Existe una edad que aun se llama de la inocencia; su duración es tan corta, que no vale la pena de tomarla en consideración. Y si bien se mira, esa edad, más que de inocencia, puede llamarse de ignorancia, y toda ella no es más que un aprendizaje, trabajado como todos los aprendizajes, de pillería. En el pecho interno ó mercenario hay criatura que aprende á chupar para toda su vida, y de más substanciosos depósitos.

Más, aun apreciada esta edad como de verdadera inocencia, no suele prolongarse: en el hombre, más allá de los veinte años; en la mujer, más allá de los quince, y esto, según aseguraba un escritor francés, siempre que haya perdido á su madre de muy niña.

Quedamos, pues, en que los inocentes son los menos pillos, y, en su consecuencia, las relaciones sociales son un intercambio de inocentadas. Por donde todo el año viene á ser día de inocentes, ó, dígame mejor, día de pillos.

Tantos años de práctica en la pillería han hecho á los hombres tan escamones y recelosos, que ya es muy difícil ser más pillo que otro, y si existiera un verdadero inocente, tendría má probabilidades de engañar á todos los pillos, que éstos unos á otros.

Entre las mujeres, por ejemplo, nada más temible que una mujer inocente; la inocencia nos halla desprevenidos, su falta de coquetería es la peor coquetería. Es el duelo de un consumado esgrimidor con uno que no ha cogido un arma en su vida. El esgrimidor es el desconcertado.

Inocentes de todo el año quedan muy pocos; los más inocentes son los que pretenden pasarse de éstos; son los más fáciles de engañar. Su listeza no suele pasar de desconfianza, y la desconfianza es cualidad de ser inferior, natural defensa de los poco inteligentes. La desconfianza es algo así como la fe en el mal. Y, como la fe, es ciega. Para engañar á un desconfiado no hay más que saber ocultar el interés que se tiene en engañarle. No enseñarle el castigo, como á los toros recelosos. O taparle nuestro interés con un mayor interés suyo. A esta sencilla psicología del desconfiado responde el vulgar timo del portugués ó de los perdigones, del que son víctimas pre-

ferentes y propicias los curas de pueblo, que, á Dios gracias, no son muy inteligentes, pero... ¡desconfiados!

En el día clásico de las inocentadas la dificultad de engañar sube de punto.

La inocentada de mejor resultado es la siguiente: enviar á la persona á quien se quiere embromar una caja de dulces, de los mejores dulces, verdaderos dulces, sin trampa y sin acibar. No hay cuidado que nadie de la casa se atreva á probarlos. Por la noche se presenta uno en la casa.

—¿Les han gustado á ustedes los dulces que les he enviado esta mañana?

—Riquísimos. Pero... no hemos querido probarlos hasta que usted viniera... Sabe usted, como es el día de Inocentes... Vaya, empiece usted la caja...

—Uno se hace rogar:

—No tengo gana, acabo de comer, no soy goloso...

La familia celebra la ocurrencia; nadie

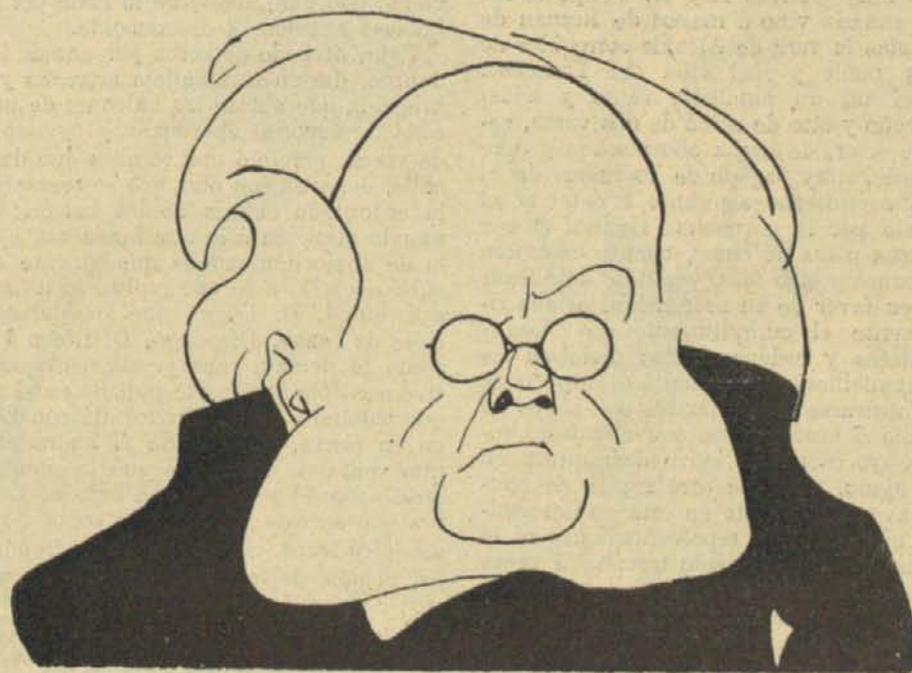
mete mano á los dulces... Si quiere usted alargar la broma, se desdice usted sin tomar uno siquiera, ó hace usted como que busca uno señalado, y si quiere usted desengañarles y le pilla á usted con apetito, se come usted solo la caja ó, por lo menos, lo mejor de ella, entre la estupefacción general.

Esta inocentada de engañar con lo verdadero es de mucha aplicación en todos los órdenes de la vida y en todos los días del año.

No hay idea de los buenos negocios que puede uno hacer siendo de verdad honrado, de lo que pueden á uno quererle los amigos siendo de verdad buen amigo, de lo dichoso que puede uno ser siendo verdaderamente bueno. ¡Es tan difícil ser más pillo que los otros! La mejor pillada es ser de verdad inocente.

Jacinto Benavente.

Jbsen. (Caricatura de Olaff Gulbransson.)



WILH. GULVALL

EL GRAN BUFÓN, que nació para ser el primer periódico humorista de España, empieza ya á serlo en este número.

Nuestro lema es: «Sigue y no tropieces con malos dibujantes». Para justificarlo hemos agregado al brillante grupo de nuestros redactores y colaboradores artísticos el nombre de uno de los más ilustres humoristas contemporáneos: *Wilhelm Gulvall*.

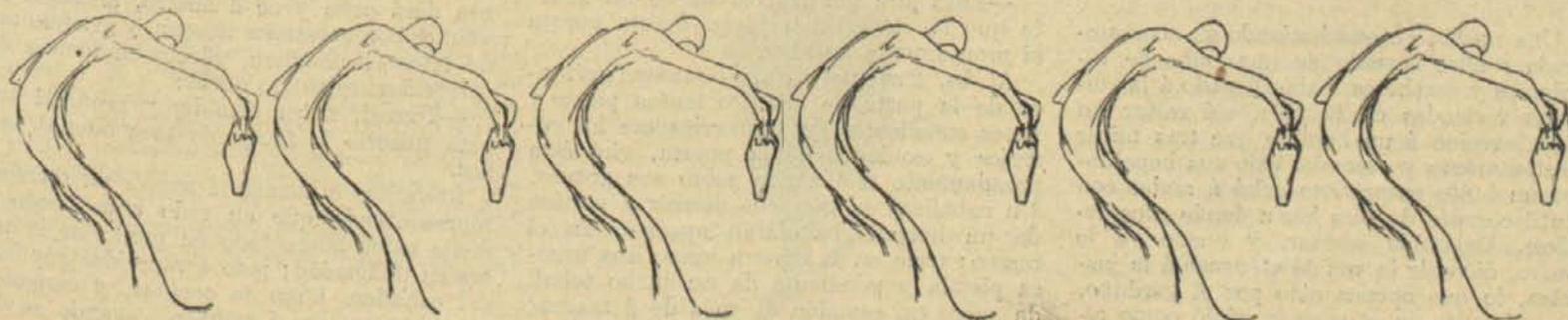
Wilh. Gulvall es el discípulo predilecto del gran Olaff Gulbransson, que con Heine y Klinger, ha ennoblecido el arte alemán humorístico. *Jugend y Simplicissimus* cuentan en su colección con los mejores

dibujos de Wilh. Gulvall. Los demás semanarios alemanes solicitan constantemente su colaboración, porque Wilh. Gulvall no es de esos genios de un solo periódico.

Técnicamente es un maestro de la simplificación. Hasta que ha venido á España la caricatura personal simplificada era desconocida. Hay en la línea firme, burlona, de este gran dibujante esa firmeza jocunda y viril á un tiempo mismo que caracteriza el arte nervioso de Gulbransson.

En nuestro próximo número publicaremos una interviú de uno de nuestros redactores con el maestro alemán, y, por lo tanto, después de ver cómo dibuja sabremos cómo piensa.

Lo cual no puede afirmarse de todos los dibujantes.





e una muy donosa burla que al Señor Alcalde Corregidor de la villa del Troncoso, hizo Blas de Osma, estudiante de la Tuna y Bachiller en toda suerte de rufianescas artes.

Diez años iban corridos del reinado de nuestro muy glorioso Rey D. Felipe el segundo, cuando vino á manos de Román de Alcobendas la vara de Alcalde corregidor de la muy noble y leal villa del Troncoso. Erase el tal un hidalgote zaino y adusto, cenceño y alto de cerca de dos varas, ceirino de color, de barba aborascada y fiero continente, muy pagado de los fueros de su oficio y sempiterno aspirante á cambiar el ferreruelo por la garnacha. Hiciera él por lograr una plaza de oidor, cuanto estuviera á su alcance y algo más, y ganoso de allegar títulos en favor de su pretensión, celaba rigurosamente el cumplimiento de cuantas pragmáticas y ordenamientos dictaban las reales chancillerías, y tomaba á empeño de honra mostrarse tan inflexible con el reo de homicidio ó hurto, como con el misero recuero, cuyo escuálido burro despuntara en campo ajeno, una que otra espiga de cañal ó avena; y fuerte en ésta su determinación ni le movían representaciones ni le turbaban llantos, que solo torcíase á veces la rectitud de su vara, martillándola con oro sobre el yunque de su nada blando corazón. Traíanle ahora desazonado, más que cosa alguna, las andanzas y bellaquerías de cierta hermandad de pícaros, gente gallofa y jarcara, que hizo asiento en la villa y en ella puso cátedra y escuela de su libre profesión y provechosas artes. Maestro en ellas era, quien venía por su capitán, cierto Blas de Osma, sopista de Salamanca y jaque de por vida, que por un pesado lance de dados, andaba á la brida, en unión de su colma é hizo voto en tan honrosa cofradía: de él se decían incontables hazañas, fraudes, mohatras y alcahueterías, que tomaban crecimiento de boca en boca y en todas ellas pregonaban la fama de su ingenio siempre despierto y vigilante. Y contra éste tal iban principalmente las indignadas iras del alcalde corregidor, quien con ojos encendidos de furor y tartajosa lengua juraba había de poner en el rollo la cabeza del sopista ó asentarle al menos doscientos azotes en las espaldas, si llegaba á dejarse prender entre las mallas de sus atestados.

Una noche, en que haciendo su acostumbrada ronda, seguido de una nube de escribanos y corchetes, había llegado á las últimas viviendas de la villa, vió saltar un bardal vecino á un hombre que tras mirar recelosamente y esconder bajo sus hopalandas un bulto sospechoso echó á andar con gentil compás de pies hacia donde ellos estaban. Dejaronle acercar, y cuando ya lo estuvo, diéronle la voz de «tégase á la justicia», lo que apenas oído por el guarduño, puso el bulto en el suelo y afufó como alma que lleva el diablo, entrándose por el

laberinto de torcidas y oscuras callejas, que hacia la plaza de la iglesia conducían. No fué menester más para que se pusiera en danza toda la grullada, movida del afán de enjaular en la tréna al ladronzuelo. D. Román y algunos de los suyos adelantaron á reconocer el cuerpo del delito que vieron ser el de una estrangulada gallina, y cargando con ella, siguieron la calle por donde habíase entrado el desconocido.

Este, acosado de cerca por uno de los pencecos, dió en una calleja estrecha y sombría á la que abrían los balcones de una casa de señorial apariencia y oyendo ruido de voces, percibió una sombra que desde la calle, departía con otra que se recataba tras la entornada celosía de un balcón; y poniendo atención á lo que hablaban, oyó que la de abajo demandaba quedamente «¿Qué suba decís?», á lo que replicó la de arriba: «Sí, subid, D. Diego, que su merced partiése de caza». Dispúsose D. Diego á hacer como le decían, mas prestamente el fugitivo asentóle tan fuerte puñada en el rostro, que bañándose en sangre, dió con D. Diego en tierra, y trepando él agilmente por una ventana, en menos que lo cuento, hallóse sobre el pescante del balcón. La sombra que en éste viera, y que conoció por las monjiles tocas, era la de una reverenda dueña, cogióle de la mano y guióle hacia dentro; cerróse de nuevo el balcón y en la calle quedó el burlado galán, más cuidadoso de los riesgos de su dama, que de sus deshechas quijadas, y entendiendo ser lo mejor al honor de aquélla no darse á conocer, determinó de retirarse prontamente á su posada y aguardar en ella nuevas, de la terminación del suceso.

Mas no dejó de ser advertida la escalada de nuestro mozo por el corchete que más de cerca le perseguía, quien, llamando con grandes voces á los demás de su oficio, en breve tiempo logró reunirlos en torno de la casa, y, llegando con ellos D. Román, colgóse de la aldaba del portalón, sacudiéndola con tantos bríos, que no parecía sino que había de venirse la casa abajo.

—¿Quién es el hi de tal que aquí vive?—preguntó el corregidor á sus sabuesos, viendo que de dentro no respondían.

—Señor—contestó uno de ellos—, aquí mora el señor Gil de Reboleño, rico caballero que, disgustado de la Corte, hizo de esta villa su retiro.

—Pues juro por las barbas de mi abuelo que he de arrimar fuego á esta puerta si prontamente no abre.

Al fin, tras nuevos aldabonazos, oyéronse de la parte de adentro lentos pasos y voces soñolientas, y, descoriéndose los cerrojos y candados de la puerta, giró ésta pesadamente rechinando sobre sus goznes. Un caballero en gorro de dormir y vestido de un holgado balandrán apareció en el marco; traía en la diestra mano una gruesa pistola y pendiente de un ancho tahallí de cuero un espadón de más de á marca; tras él venía una quintañona dueña, defen-

diendo con su sarmentosa mano la vacilante llama de una candileja que el viento combatía.

—¿Sois vos el Sr. Gil de Reboleño?—demandó el alcalde con voz recia y autorizado gesto.

—Soylo, para serviros—contestó el caballero.

—Pues, señor Gil de Reboleño, en nombre del Rey os conjuro prestéis ayuda á su justicia, allanándoos á que sea registrada esta casa, en que seguro estoy se esconde un temible malhechor.

—A ello me presto, renunciando á mi fuero de hijodalgo, por más de que tengo para mí que padecéis error en vuestras indagaciones, de que podéis convenceros registrando esta casa desde el sótano hasta los desvanes.

—A la postre verése de quién es el error, repuso agriamente nuestro alcalde.

—Pasad, pues, señor corregidor, y entended que me tengo por muy honrado en servir y acompañar á un tan celoso procurador de nuestro Rey y Señor D. Felipe, cuya vida Dios conserve y prospere.

Diciendo así, el caballero hizo una muy gentil reverencia y el alcalde, seguido de un escribano y cuatro alguaciles penetró en la casa. Fuera de ella quedaron los demás, rodeándola y espiando sus salidas, en prevención de que por alguna de ellas escapara el perseguido.

Don Gil, precedido de la dueña, portadora de la candileja, y seguido del alcalde y sus hombres, iba abriendo una por una las puertas de todas las cuadras y dependencias, con las llaves que en un gran manajo pendían de una cadena prendida al tahallí.

—¡Habían de jurármelo frailes descalzos y no lo creyera!—iba diciendo D. Román—; mas lo cierto es que no ha quedado pieza por registrar y el tal malhechor no aparece.

—Vuestra merced—replicaba el caballero—se detenga en esta casa cuanto le venga en ganas, y lleve adelante cuantas averiguaciones halla ser pertinentes, que con ello he de ser yo quien salga más ganancioso.

Llegaban con esto á una antesala, donde entre otros ricos muebles veíase un ancho arcón de tallado nogal, y D. Gil, sacando una de las llaves abrió con ella el arcón. A los espantados ojos de D. Román apareció entonces su dorado vientre, en el que doblones de á ocho y de á cuatro, andaban revueltos con apretados talegos, y asiendo uno de éstos el caballero, púsole en manos del corregidor, mientras decía:

—Tomad, señor alcalde, y premiad con esta miseria la fatiga de esos buenos mozos.

Resistióse el alcalde á recibir tal merced, representando que en todo aquel negocio nadie había adelantado un punto de lo que era su obligación; pero á repetidas súplicas del caballero hubo de aceptar, y cargando con el talego iba á retirarse, cuando advir-

tió que una puerta que daba á aquella antecámara no había sido abierta.

—¿Y esa puerta?— preguntó.

—Es la de mi cámara—arguyó D. Gil—y por hallarse reposando en ella mi esposa, estimaría á vuestra merced no se registrara, de no tenerlo por necesario.

—No se hable más en ello—repuso el amansado alcalde—; y dirigiendo una última mirada al codiciado arcón, despidióse del caballero, que le acompañó hasta la puerta de su vivienda.

—¿A nadie v'isteis salir?—preguntó don Román á los esbirros que quedaban fuera.

—A nadie—le contestaron.

—¡Brujería fué sin duda!—murmuró para su go'illa—; y poniéndose al frente de la mesnada, partióse de aquellos lugares, con el talego, amorosamente bajo el ferreruelo.

~~~~~  
Cuando á la mañana siguiente, paseando con el arcipreste por los pórticos de la iglesia, después de misa, hizo relación á aquél de cuanto aconteciera la noche antes, y oyó de labios del clérigo que don Gil de Reboleño era tuerto del ojo izquierdo y andaba hacia dos días de caza en un vecino monte, fué tal la cara de espanto que puso D. Román, que el rector no pudo irse á la mano y espetóle la carmaja en sus mismísimas y honradas barbas; con lo que el alcalde, como potro espoleado, salió en derechura de su casa, mascullando entre los labios una sarta de malhayas y de por vidas.

Y llegado á ella, su primera diligencia fué visitar el lugar por él solo sabido, donde escondiera el amado talego, temeroso de que también en esto hubiera arte de encantamiento. Y habíalo en efecto, á lo que parece, pues por más que lo buscara, nunca lo halló, y sí sólo un resobado papel que, desdoblándolo, vió que así decía:

«Recele vuesa merced, de aquí adelante, de los caballeros que, mediada la noche, reciben á la justicia en balandrán y gorro de dormir, que acaso así se libre de un nuevo engaño, semejante al de la pasada. Y por quitarnos pesadumbre, llévome el talego que aquí solía estar cuando Dios quería, y déjoo en su puesto este liviano pliego, que os besa humildemente las manos.»

¿Quién pintará la ira de nuestro alcalde?



## Los inocentes del Serrallo.

(Caricatura de Tito.)

¿Y aquel mudar de color mientras leía, y aquél mesarse las barbas cuando la lectura fué acabada? ¿y aquel ofenderse á sí mis-

mo con los más venenosos denuestos, y darse de cabezadas contra las paredes? Revolvendo fieramente los ojos y gormando venab'os por la boca, buscó quien trajese á su presencia á la infame dueña, cómplice de la burla; más averiguóse que al romper el alba viéronla huir de la villa, arrebujaada en su basquiña, con lo que faltóle á D. Román en quién desahogar su bilis.

No pudo alcanzársele la parte que en todo su mal suceso tuvo la liviandad de la esposa de D. Gil, forzada por el recato de su honra, á ayudar en sus engaños al insigne sopista Blas de Osma, gloria de las aulas salmantinas y flor y espejo de la andante rufianería.

Carlos Hernández de Herrera.





## Renglones de una excéntrica.

¡ Me voilà !...

Aquí estoy yo con mi eterna melena de obano rizado, mi sonrisa de bacante en delirio y mi talle de avispa, con las faldas recogidas hasta las rodillas, dispuesta á bailar, un divertido can-can sobre las cuartillas; pero procurando enseñar lo menos posible.

Hace año y medio era yo una alocada y pizpireta muchacha que desde las columnas del *Heraldo* epataba al burgués con unos renglones demasiado excéntricos corregidos por mi novio de entonces, Alvaro Retana.

Como la mayor equivocación de una mujer es tener novio—los hombres sólo son tolerables como maridos, y encantadores como amantes—á mí ese noviazgo me estropeó la carrera artística.

Por envidias de unas, mala intención de otros y sobre todo por inéxperiencias de Retana, mi firma que había triunfado en el fastuoso diario de los automóviles, las onzas de oro y los mantones de manila—¡ eche usted rumbo, señá Ruperta! que dicen por Batignolles de acá—en las planas de *El Liberal*, hoy campos de soledad mustio y collado por obra y gracia del Espíritu Santo (neé Juanito Lacierva) y en las páginas de *Madrid Cómic* y *La Hoja de Parra*, breviarío de pseudo vírgenes y colegiales, solteronas y viejos ver-

des, tuyo que desaparecer para dar lugar á la de mi ex novio, que ha sido el pescador ganancioso en el río revuelto de mi retirada.

Desde hace varios meses permanecía yo en París extasiándome ante las sonrisas de oreja á oreja, que prodiga Polaire, los hombres casi helénicos de Jeanne Jaulier que el tiempo respeta tan amablemente, las tenacillas de rizar el pelo que Lavalieri ostentá á modo de pantorrillas, las aventuras de Carolina Otero que antes de su total demolición desea desvalijar al último príncipe ruso contemporáneo de Tolstoi y la áurea voz de Sarah, esa trágica maravillosa que en fuerza de saberse morir ha conseguido espantar á la Muerte. Pero cátaos que á mi vuelta de la ciudad del Sena, ese terrible río en cuyas orillas los apaches asesinan á las jovencitas para violarlas luego—¡ si al menos lo hiciesen al revés!—me encuentro con la desagradable sorpresa de que Alvarito Retana, mi joven y pérfido ex colaborador, atribuyéndose la paternidad de lo que sólo á mí pertenece legalmente ha escalado *La Tribuna*, ha reconquistado *El Liberal* y *Madrid Cómic* y ha estrenado *Travesuras de amor* en el Tivoli de Barcelona á fuerza de decir, entre otras tonterías, que los artículos que yo firmaba me los hacía él.

¡ Pero es posible que haya gente tan bruta que conciba que la persona que escribía aquellos renglones del *Heraldo* llenos de encanto femenino sea la misma que divaga lamentablemente en *La Tribuna* con el nombre de Alvaro Retana? Pues si alguien lo cree así se equivoca y aquí vengo yo decidida á demostrar que Claudina Regnier no es un mito, ni un mitón, y que ni literaria ni sicalípticamente tiene nada que ver con Alvaro Retana.

Yo transijo con todo porque creo que los hombres deben de quedar siempre encima de nosotras; pero francamente es, de que me arrebatan la poca gloria que me corresponde por mis *deshabillés* espirituales me hace la misma gracia que si me nombrasen de la Academia de la Poesía.

¡ No! ¡ No! ¡ Y cien veces no!...

Por eso vengo airada y valerosa á recuperar el puesto que me ha usurpado Alvaro Retana, ese pobre muchacho cuya cabeza será hermosa, pero está llena de humo y corcho.

• •

Durante mi estancia en París he mejorado notablemente. Claro que son contadas las personas que me conocen personalmente—Angeles Vicente, Cecilia Camps, *La Goya* ¡vaya cardo! Paco Gómez Hidalgo, *Bombita* y Virgilio de la Pascua entre otros—pero esos podrían atestiguar que vuelvo más *joli* que nunca.

En primer lugar me traigo unas miradas capaces de convertir á Barroso en un hilo; unos andares de *toma cadera* que harían pre-

varicar á Premio Real, pues ya sabréis que él piensa «que en el tomar no hay engaño»; y la picardía suficiente para intrigar al *Duende*, mi distinguido y admirado compañero, en eso del autobombo. Y en segundo lugar habiendo dejado de simpatizar con las once mil vírgenes—¡ ya serían algunas menos!—me he decidido, no á rifarme precisamente como la *Chelito*, por medio de cupones ahora que eso está en boga; pero sí á buscar mi media naranja con el sano propósito de echármela al colete. Necesito un corazón que vibre con el mío, unos brazos suaves que me opriman como si todo el año fuese Enero y cuantos más corazones me conmuevan y más brazos me estrechen más dichosa seré.

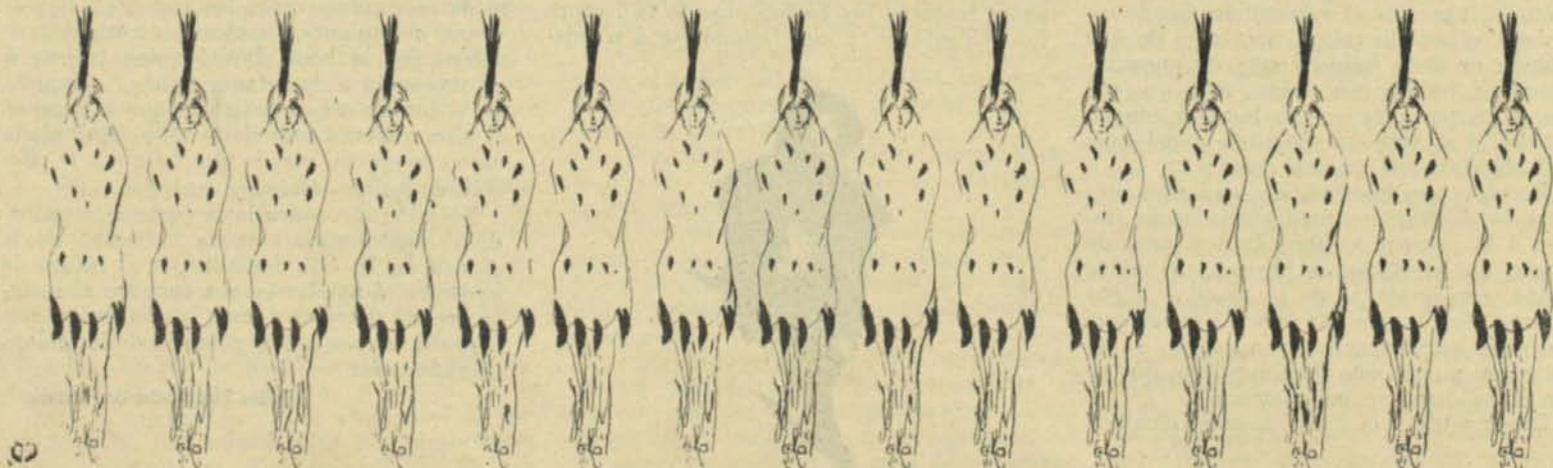
No saldré á la calle en busca de un guapo mozo rubio y nacarado, con el bigote de oro y los ojos azules; pero si me lo encuentro en las afueras no seré tan ridícula como aquella famosa viuda de sesenta años que fué á quejarse al Prefecto en París porque un sátiro de veintidós años se había abalanzado sobre ella en el Bois demostrándola seis veces su entusiasmo.

¡ Habráse visto burra mayor? Lo precedente en aquel caso, era que la víctima hubiese dado las gracias á tan desinteresadamente la había conducido al Paraíso por el camino más directo, en lugar de irse á la Prefectura con lágrimas en los ojos. ¡ Digo! ¡ A menos que llorase porque le hubiese parecido poco la generosidad del amable desconocido!...

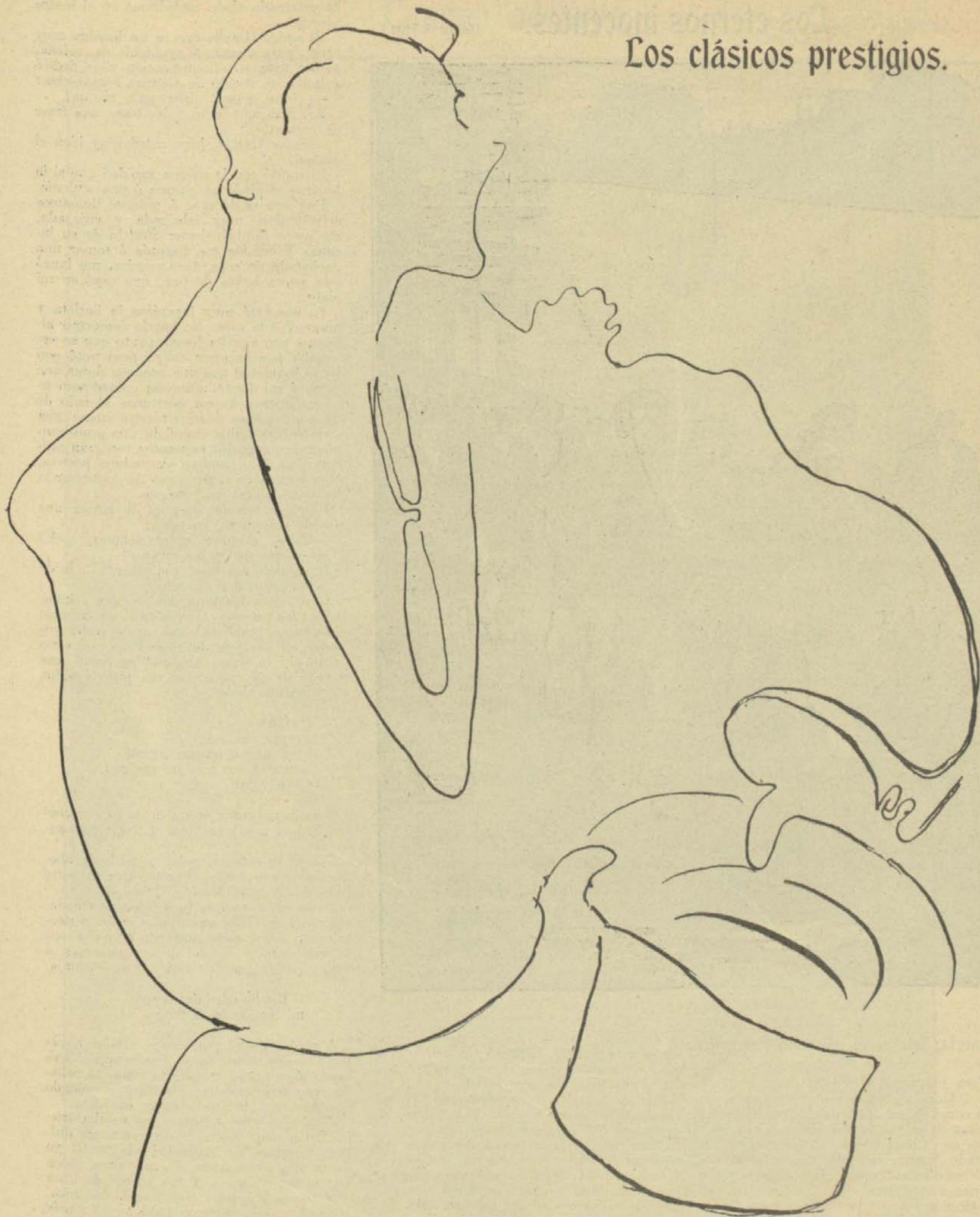
Y basta por hoy. Ya os habréis dado cuenta de que sigo firme en un programa de alternar la literatura con el amor. Al que le parezca oportuna mi vuelta á Madrid le emplazo para el próximo domingo; pero al que no se halle conforme con tan transcendental acontecimiento le recomiendo que haga ¡ fú! cuando oiga vocear EL GRAN BUFÓN. Porque pese á quien pese, he tomado posesión de esta adorable casa y todos los domingos pienso quitarme la camisa en obsequio á mis lectores para confundir al tontín de Retana y á Gloria de la Prada mi irreconciliable enemiga de quien supongo paseando como siempre en compañía de un inmenso manmouth pintarrajeado de todos colores y en perfecto estado de ebullición.

¡ Au revoir!...

*Claudina Regnier*



Los clásicos prestigios.

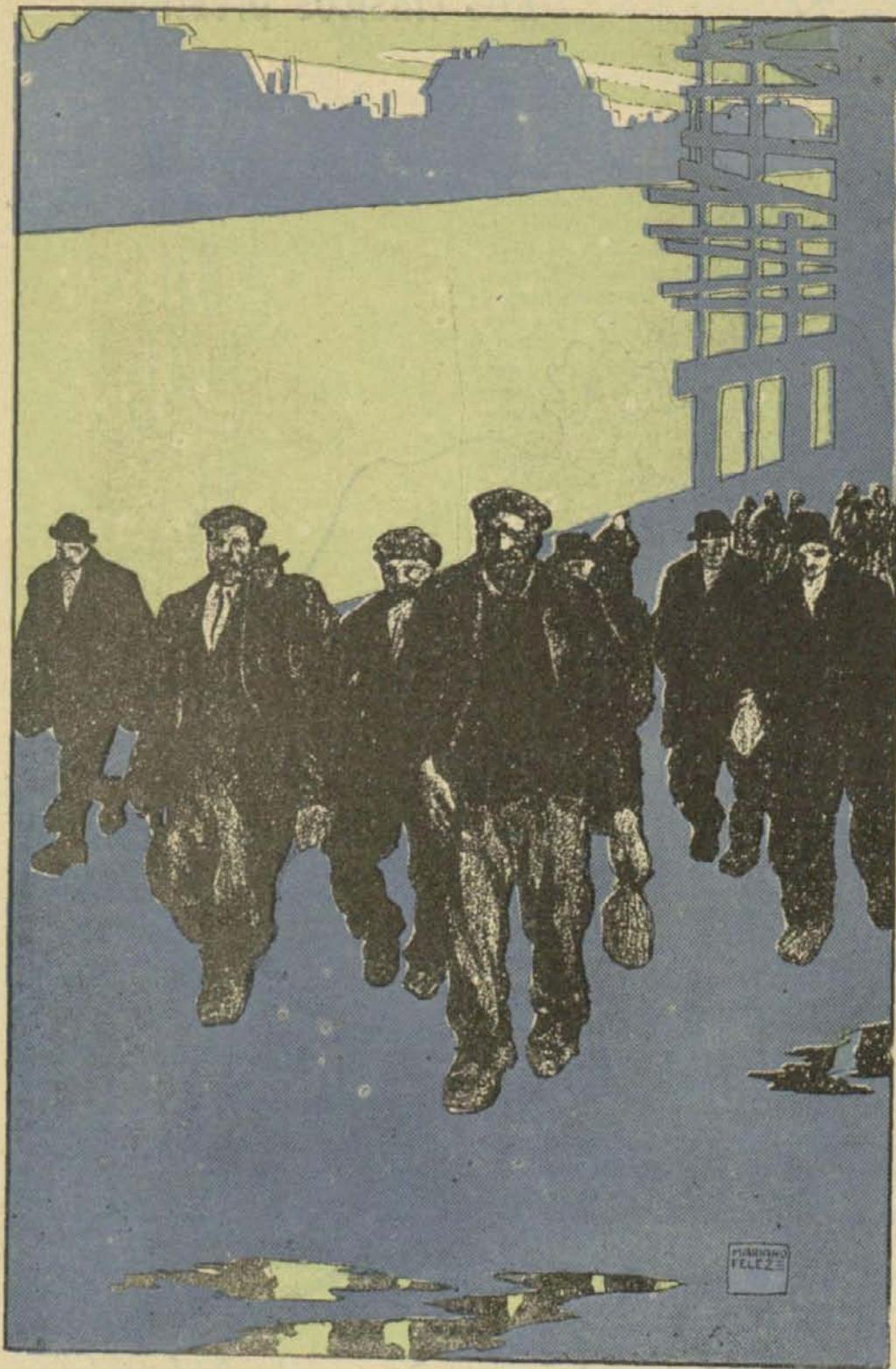


Fernando Díaz de Mendoza, Cómico y prócer.

(Caricatura de Wilb. Gulvall.)

# Los eternos inocentes.

(Dibujo de Féllez.)



## García, celebra el Misterio Pascual.

Para purgar mis culpas, como penitencias á todos los crímenes que yo haya podido cometer, mi destino cruel me hizo caer en casa de mi amigo García en plena apoteosis de Pascua. Como me consideran un invitado ilustre, la familia de García decidió inmolar en honor mío á unos cuantos hermanos inferiores.

—Hoy hay que tirar la casa por la ventana. ¡Pues no faltaba más! ¡Un escritor como usted!

El amigo García no ha leído jamás ningún artículo mío, porque es incapaz de comprender nada. García es un tipo representativo. García es abogado, tendero, cochachuelista, como queráis. Todos conocéis

á García, ¿verdad? Si no, idos una mañana á la Puerta del Sol, y gritad: ¡García! Quinientas personas volverán la cabeza. Pues toda esa gente es García. Nadie y todo el mundo. Intelectualmente, García es aquel personaje á quien llamó Remy de Gourmon *Celui qui ne comprends pas*.

Como os dije, sacrificaron dos pavos, dos cabritos y varios besugos en honor mío. Estos cofrades, que, como García, no han leído nada mío, no estaban muy convencidos de la necesidad de tal sacrificio. Me parece un tanto ofensivo inmolar á un animal para festejar á un literato. Como yo soy un sentimental, os confieso que me remordía la conciencia, sobre todo por el besugo. ¡Me miraba con tanta melancolía aquel ojo ancho y turbio! Además, yo creía reconocerle; me parece que aquel besugo

ha estrenado algún melodrama en el teatro Martín.

El amigo García, que es un hombre muy serio, para hacerme agradable la velada, perdió toda su circunspección y se dedicó á imitar el sonido de algunas bestezuelas:

—¡Guau, guau! ¡Birr, gañ, mu...s!

Yo, para agradarle, quise tener una frase de cortesía:

—Señor García, hace usted muy bien el animal.

El sonrió con la misma vanidad que si le hubiese elogiado un poema ó una sinfonía.

Una señora de esas á quienes llamamos *crepúsculos*, muy jabelgada y enjovada, me quiso también hacer ofrenda de su ingenio, y cuando me disponía á tomar una cucharada de sopa de almendra, me lanzó una artera bolita de pan, que cayó en mi plato.

Yo encontré muy ingeniosa la burla y renuncié á la sopa. No quería demostrar á veces con aquella buena gente que se esforzaba por hacerme feliz; pero noté con cierta inquietud que una pequeña dama que había á mi diestra alineaba cuidadosamente los huesos de sus aceitunas al lado de mi pan, y que á mi siniestra mano una vieja señora había engullido una gran cantidad de mazapán, enjuagaba con gran pulcritud en un vaso su dentadura postiza, para dejarla en condiciones de continuar la campaña contra los turrones.

El amigo García, después de lanzar una risa de orangután, exclamó:

—Usted siempre entre señoras, ¿eh? ¡Qué suerte tienen los pícaros!

Realmente era una gran picardía... la de haberme convidado á cenar.

Los licores desataron las lenguas é inflamaron los caletres. García bailó un garrotín voluptuoso, habilidad que nadie podía suponer en un jefe de negociado tan serio como él; la dama crepuscular cantó una tonada de su época que nos puso á todos muy sentimentales:

Tirano amor  
rapaz vendado,  
por mis desdanes irritado  
postró á sus pies mi vanidad.  
¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

Y la dama gañía de un modo tan conmovedor, que nos hizo llorar á todos copiosamente.

—Esto es música, ¿eh?, y no lo de ahora. *Jugar con fuego, Marina*. Que se quite todo donde esté *Marina*, ¿verdad?

Yo asentí á aquella fuga lírica de García, cuyas necesidades espirituales están perfectamente satisfechas cantando á media voz la celebrada frase del tenor, mientras á Roque se le cae invariabilmente la faja.

En las alas del deseo  
mi ilusión la vi flotar.

A media noche me escapé. Todos aquellos Garcías se quedaron divirtiéndose, bailando garrotines, haciendo la rana, el caballo, cantando tonadas absurdas, comiendo bestialmente, bebiendo como camellos.

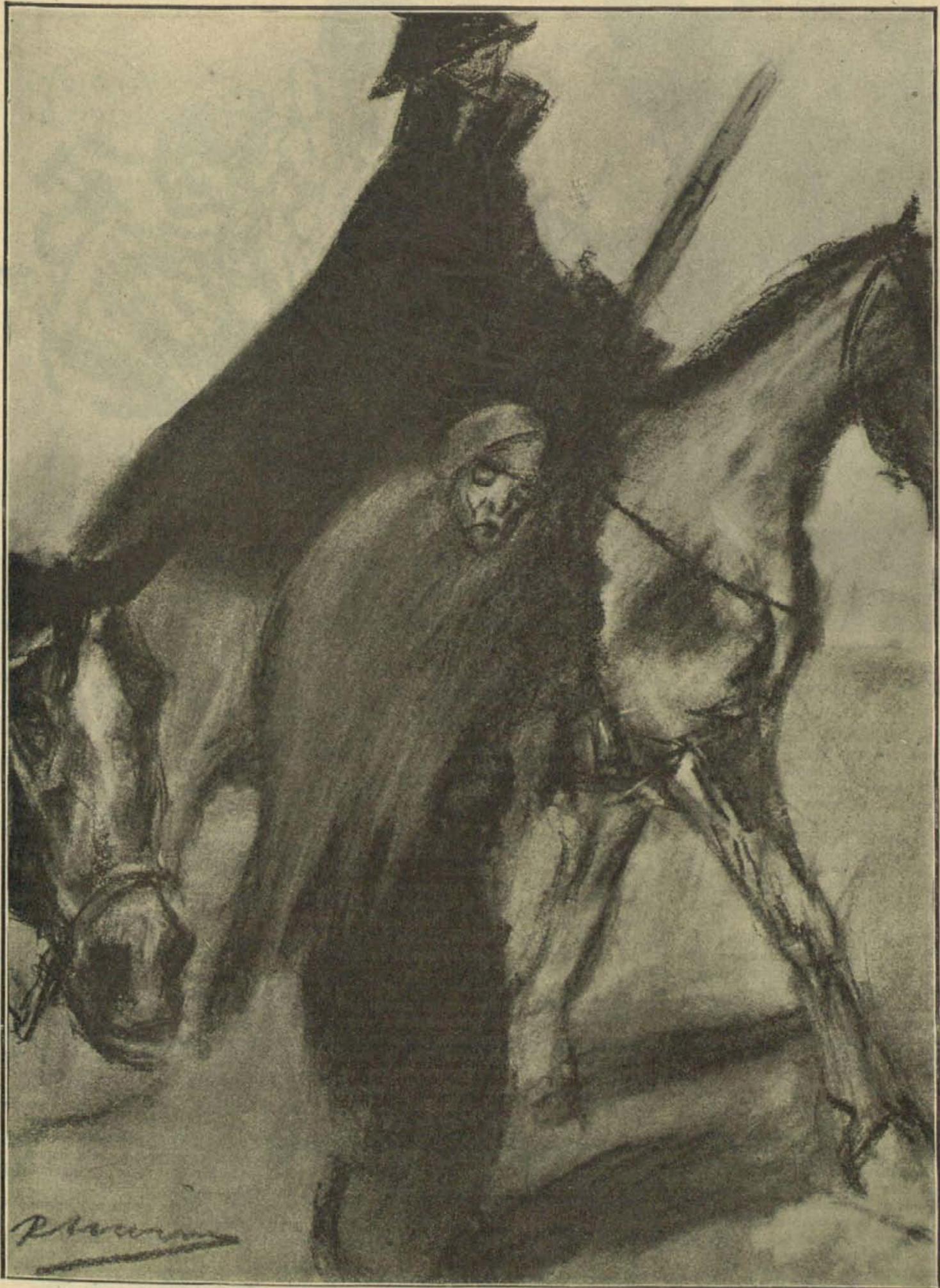
Pero ellos eran felices y yo estaba triste. En aquella fiesta de concordia, de dulzura familiar, de intimidad espiritual, yo me sentía defraudado. En mi alma había un engaño doloroso. Y me acordé de unos ojos negros y hondos distantes de los míos. Y entonces me pareció todo aquello más triste y más absurdo.

Los Garcías, que festejaban con una indigestión una fiesta del espíritu, eran felices, y yo estaba muy melancólico. Indudablemente, los Garcías son superiores á mí.

Emilio Carrere.

Camino adelante.

(Dibujo de R. Martín.)



Un inocente.



## INOCENCIA

Es morena, apretada de carnes, un poco velluda. Tiene las cejas anchas y los ojos grandes, pero poco bellos. Porque la blancura del globo está vetuada de sangre muy copiosamente. Tiene la boca ancha como las cejas, y roja como los ojos. Y calzan sus pies unos abominables zapatos ingleses.

Inocencia. Esta es inocencia. Conoce los secretos de la belleza de las manos y de la belleza de los pies. Y vive de la explotación de estos secretos. Inocencia es manicura y pedicura.

He aquí un nombre de mujer de una aplicación paradójica en esta amiga nuestra. Es un poco absurdo llamarse Inocencia y tener los pies grandes y ser morena y velluda.

Para llamarse Inocencia con perfecto derecho, hay que ser rubia y blanca y llevar siempre el cabello bien peinado. Como para llamarse Angustias ó Soledad ó Lola hay que ser morena, ancha de busto, tener unos dientes blancos y grandes y vestir de oscuro en todo tiempo.

¡Oh, mi amiga Inocencia!

A media mañana abandona su cuartito—Inocencia vive sola; ó con una hermana mayor que dice que es su madre ó con una hija menor que dice que es su hermana—. Sale á la calle y hace unos guiños al Sol. Entonces sus ojos están más sangrientos que nunca. El agua fresca y la luz nueva les congestionan en esta hora, de un modo extraordinario.

Inocencia comienza su trabajo. Va á casa de una gran señora á «hacerla los pies». Y desde allí á la de una cocota—que es también una gran señora—, á hacerla las manos. Y entre señoras y cocotas se pasa la mañana en

el ejercicio de las nobles artes de sus manos para las manos y los pies ajenos. De cocotas á marquesas y viceversa, trata por igual á las unas y á las otras. Y hasta casi llega á confundirlas la pobre Inocencia. En ella coinciden, y se confunden como en los palcos del Trianón.

Inocencia hace las manos asimismo á algunos distinguidos *sportsman*, que tratan á Inocencia con una gentil cortesanía.

Inocencia dedica á los hombres las tardes. Porque algunas de sus clientes les han dedicado las noches, como á ella la mañana. Es admirable la justa distribución de las horas que hace la clientela de Inocencia la manicura.

Inocencia—¡la pobre!—tiene un gran v. razón. Y sabe que algunas de las manos que ella pule por la mañana, estarían tan á gusto aprisionadas entre los que cuida por la tarde. Y mientras con el *polissoir* bruñe la pasta rosada extendida sobre uñas como pétalos, hace brotar de sus labios un nombre. Y silabeando acaricia el nombre y el recuerdo.

—¿No sabe usted? *La Mary* va á debutar en el Trianón.

La mano tiembla. Porque el distinguido *sportsman* gusta de *La Mary*.

La Inocencia—¡oh inocencia!—no dice más por el momento. Ella cobra lo mismo el servicio sin noticias de la Mary.

Hay una pausa. Luego la Inocencia continúa:

—Ahora voy con ella á todas partes. Es una chica excelente.

Entonces va, cae en los oídos de Inocencia la voz un poco opaca de su cliente.

—¡Oh excelente! A mí me encanta.

—Tan elegante, ¿verdad?

—Y tan linda

—Esta noche vamos á Eslava. Tiene ella un palco. Lo compró ella por supuesto.

—¿Ah, sí?

—Sí... sí... Puede usted venir y saludarla. Yo se la presentaré. Justamente, la Mary que le conoce á usted de vista hace grandes elogios de usted.

Inocencia—¡la pobre Inocencia!—repitió esta conversación con cada cliente. Y así, la Mary extiende su fama por todos los ámbitos de los hombres que tienen manicura, que es un accesorio superfluo, caro y muy decorativo.

La pobre Inocencia deja en cada casa un elogio; Y á veces en el camarín de una marquesa habla de la hermosura de una cocota.

Noche. Diciembre. Hay niebla, y la luz de los faroles forma unas grandes bolas ceñidas de sombras, sobre las cabezas.

En esta hora, Inocencia regresa á su casa. Inocencia lleva un abrigo que la ha regalado una cliente. Inocencia va sola. Sus pisadas resuenan en la calle estrecha. Su sombrero no tiene valor, pero tiene una forma magnífica. Sus pieles—lleva pieles—son de tienda de sedas, pero las ha cruzado sobre su boca de pecho á espalda, como la moda impone. Su ropa de paño catalán, tiene una magnífica hechura inglesa.

Inocencia va hacia su casa. Regresa del Trianón. Inocencia va á cruzar la calle y se para al borde de la acera para dejar pasar un coche del Casino.

Los ojos de Inocencia, que á esta hora no tienen vetas de sangre, y son luminosos y están muy secos, clavan en el coche del Casino unas miradas. Y su boca sonríe.

Dentro van dos clientes. Seguramente que las uñas—tan rosadas—han perdido brillo. Tanto mejor.

Inocencia llega á la casa satisfecha de la obra del día. Y da un beso á la hermana mayor que pasa por su madre, ó á la hija menor, que pasa por su hermana.  
Inocencia se acuesta.

He aquí á nuestra amiga Inocencia. Ya no hay otra. Antes era fiadora y usaba mantón alfombrado. Pero los tiempos cambian. La Inocencia es una flor de las grandes civilizaciones.

Y la Inocencia florece—¡oh paradoja!—en las ciudades del pecado...

Ceferino R. Avecilla.

(Dibujo de R. Marín.)



## Un hombre servicial.



Un golpe discretamente fuerte dado en la puerta hizo despertar con sobresalto á don Ginés Mostachón, que dormía como un bendito.

—¿Quién demonios anda ahí?—murmuró abriendo los espantados ojos á la luz.

Un segundo golpe se hizo sentir más fuerte. —¡Así te den en la cabeza con el Bailly-Baillière!—dijo Mostachón incorporando un poco el busto. Un silencio. Don Ginés se disponía á adormilarse de nuevo cuando un tercer golpe le desveló ya francamente.

—¡Por vida de las once mil! ¿Quién es el gracioso que se ha propuesto que yo no duerma? ¿Cómo y con qué derecho se permite, sea quien sea, despertar á un hombre honesto á las diez de la mañana, en el mejor de los sueños, cuando á las diez debe estar en la oficina para trabajar todo el día, hasta las dos... de la tarde? Es una vergüenza.

Pero fué interrumpido en un monólogo por un cuarto golpe fortísimo, que no era, ciertamente, dado por una mano gentil.

—¿Quién es?—gritó Mostachón ásperamente.

—Soy yo—repuso una vocecilla desde fuera.

—Si eres tú, entra, pero no saldrás tan fácilmente—murmuró el empleado.

Después, con voz más enérgica:

—Levantad el pestillo y abrid. Estoy solo. La puerta se abrió, y entró un hombrecillo, arcilloso, con unos quevedos ahumados que calgaban sobre su nariz. Llevaba un legajo de papeles bajo el brazo. Parecía por su aspecto escribiente de un notario ó correveidile de negocios.

—Perdone—dijo con voz nasal, deteniéndose en la puerta—. Si hubiera sabido...

—Diga, diga, no se ocupe de mí. Tome asiento... ¿Qué desea?

—Perdón. ¿Ha venido el Sr. Martínez?

—No sé...

—¿Todavía no ha llegado...?

—No...; pero quizá no tarde. Siéntese, siéntese.

—Gracias. El hombrecillo se sentó en una silla cubierta de ropa.

—No, no, siéntese en otro lado.

—No se moleste. Yo estoy bien aquí.

—Estoy convencido, pero es que en esa silla tengo yo toda mi ropa.

—¡Ay! Le pido mil perdones. No había reparado...

—No importa. Ya que está usted ahí hágame el favor de darme los calzoncillos. Así, cuando me levante los tendré á la mano.

—Aquí están, señor.

—Si no le molesta écheme esa camisa floja.

—Ahí va.

—Si fuera tan amable, ¿podría alcanzarme ese batín y esos pantalones?

—Con mucho gusto. Aquí los tiene.

—Perdóneme. Ahí cerca de usted están las zapatillas. Hágame el favor...

—¿Son estas?

—Sí, gracias.

—De nada. ¿Tardará mucho en venir el señor Martínez?

—Creo que no se haga esperar. Oiga, ¿quiere usted darme un fósforo, y perdone?

—En seguida. Ahí va la caja.

—Es que voy á preparar mi café... Mire, si no le sirve de molestia, encienda el infiernillo. Vea antes si tiene espíritu. Creo que sí.

—¿Dónde?

—Allí, en la mesa, está la maquinilla.

—Sí, sí; ya veo.

—Ahora mire si dentro de la cafetera hay agua.

—No, está vacía.

—Entonces, hágame el favor de llenarla.

—Está bien. ¿Dónde está el agua?

—Allí, en aquel ángulo. ¿La encontró?

—La he encontrado.

—Pues llene la cafetera hasta que falten dos dedos solamente.

—Ya está.

—Usted dirá que abuso, que me sirvo de sus ofrecimientos con tanta libertad—dijo con voz meliflua D. Ginés.

—Nada... Nada... Señor... ¿Tardará mucho en venir el Sr. Martínez?

—Supongo que estará al llegar. Ya que está al alcance de su mano, ¿quiere coger aquel abrigo?

—Gracias.

—Y ya que es tan amable, ¿quiere extenderlo sobre la butaca y cepillarlos?

—¿Este?

—Sí. Aquí, en la cama, no se puede hacer con comodidad.

—No se preocupe. Lo cepillaré yo. No se mueva.

—Vaya, pues ya continúe y hágame el favor de cepillar el traje, y de paso vea usted si las botas...

En aquel momento el agua comenzó á borbotear, y el empleado se sentó en el lecho.

—Si fuera tan amable—dijo—que cogiera un vaso que hay en aquel armarito, el azucarero, que debe estar cerca, y una cucharilla... Pero me levantaré yo...

—No, no; de ninguna manera. Yo sé cómo se hace el café, lo hago riquísimo... Va usted á probarlo... Ya debe tardar poco el señor Martínez...

—No sé... á veces... Perdón; ¡pero si abre usted aquella ventana...!

—Ya está abierta—dijo el hombrecillo.

—Entonces, hágame el favor de llamar á José.

—¿José?

—Sí, es un amigo mío á quien tengo que despertar todas las mañanas, porque él es incapaz...

—José, José—gritó el hombrecillo.

—Llame otra vez.

—José... José... No oye.

—Lámelo Juan.

—¿Pero no se llama José?

—Pruebe. Es lo mismo.

—Juan... Juan...

—Tampoco responde.

—Pruebe llamarlo Jerónimo.

—Jerónimo... Jerónimo... Tampoco.

—Entonces cierre usted la ventana.

—¿Cuándo vendrá el Sr. Martínez?

—Verdaderamente lo ignoro. ¿A qué hora le ha citado usted?

—A las nueve y media. Tiene que firmar un contrato.

—¿Un contrato?

—Sí, ¿no es usted el abogado?

—¿Qué abogado?

—Alamillos.

—No soy yo. Vive aquí, en el piso de abajo.

—Perdóneme entonces. Le he incomodado, le he despertado... ¡Caramba!

—De nada.

—Si usted me permite bajaré al piso...

—No faltaba más. ¿Quiere usted acercarme la cafetera y esa taza?

—Aquí lo tiene todo.

—Y excúseme si he utilizado sus servicios.

—De nuevo, perdóneme. Adiós.

—Adiós... Cierre la puerta.

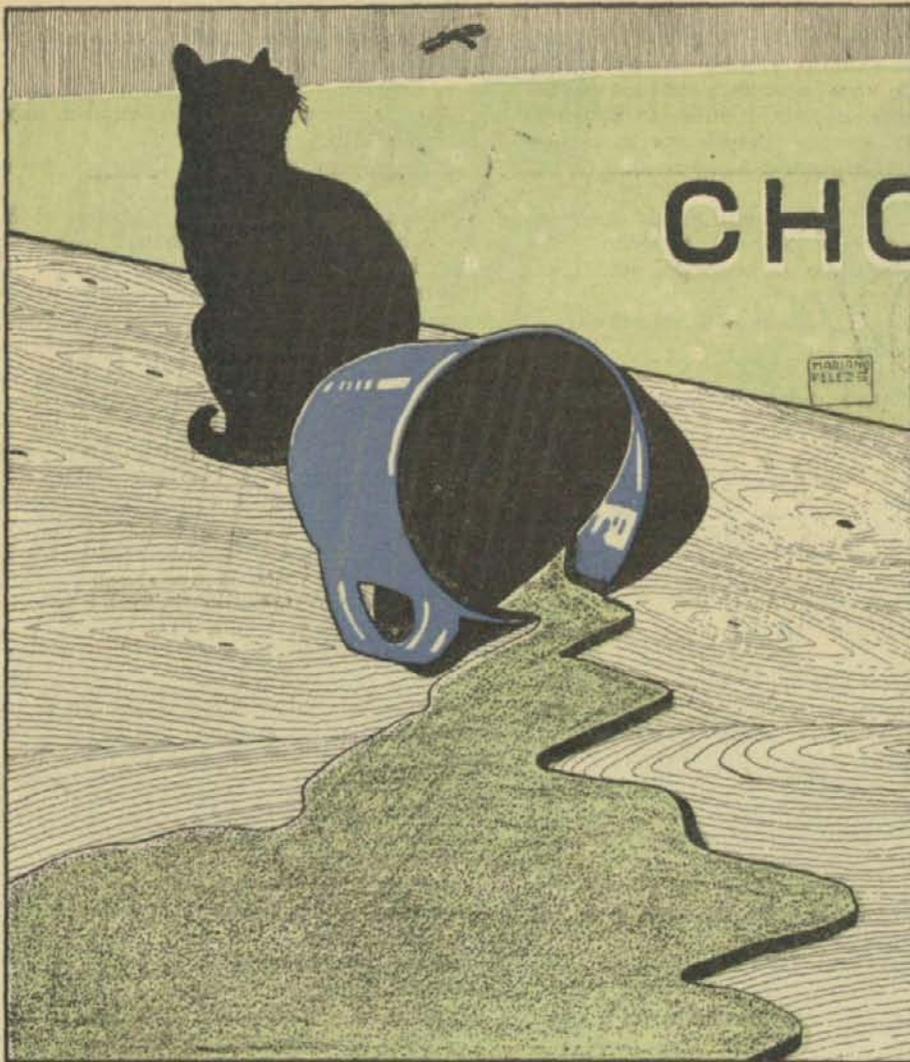
El hombrecillo salió, y D. Ginés rompió en una sonora carcajada.

—Te lo había dicho—exclamó—que no saldrías de aquí tan fácilmente!

Y se dispuso á saborear una taza de riquísimo café.

Luis Gabaldón.





# CHOCOLATE

De El

Gato Negro

Principe, 14

## HAGAMOS CRÍTICA...

### Los carteles del Círculo.

Como todos los años, el Círculo de Bellas Artes anunció un concurso de carteles para su «tradicional» baile de máscaras; como todos los años, han acudido varios incautos y dos ó tres listos; como todos los años, se han expuesto los carteles que el Jurado ha tenido por conveniente, y, como todos los años, hemos visitado la Exposición... que es como la de todos los años.

Es decir, no: en ésta hay más pierrots que en la anterior. En la anterior eran todas Tórtolas Valencia, como en las anteriores mantones de Manila.

Si tuviésemos tiempo, además de leer las ciertas tonterías largas del *Heraldo*, haríamos ahora un bonito estudio acerca de «la evolución de la monotonía en los carteles de máscaras del Círculo de Bellas Artes».

Pero no tenemos tiempo, y, en cambio, tenemos muchos amigos que se darían por aludidos, ya que en esto de los concursos los autores son los primeros en romper el secreto del lema.

Nos encontramos á uno en la calle. Llámemosle H. Bueno, pues nos dice H.:

—¿Has visto la Exposición del Círculo?

—No. ¿Qué tal?

—Bien. Hay una señora en pelota sobre fondo cadmio, con golpes de ócra y aplicaciones verde veronés, que es lo mejor del concurso.

—¿Y de quién es esa señora?

—Mía. Vamos, la del cartel digo.

Así da gusto. Sabemos que si H. está á nuestro lado no debemos alabar más cartel que el suyo.

Esto en cuanto á la frescura de los carteles en pelota y de los artistas que no

quieren conservar el anónimo. Et, cuanto á la inspiración y originalidad de él, ya les digo á ustedes: SESENTA Y DOS PIERROTS Y UNA PIERRETTE hemos contado en los treinta y cinco carteles expuestos en el Círculo de Bellas Artes.

Claro es que el pierrot hemos convenido, desde Willette hasta Cilla, que es muy decorativo; pero ¡no tanto!

Pierrots blancos, negros, azules, verdes, rojos y... hasta de color de chocolate sobre fondo negro, que son una calamidad.

Nos hemos reído mucho con estos *muchachos* que ahora se estilan en la calle de Alcalá conforme se entra á mano izquierda, después del *Cocido Madrileño*.

El Pierrot es el disfraz de los horteras y de los jóvenes aristócratas. Nos parece también muy puesto en su sitio dentro de un cartel del Círculo de Bellas Artes, donde todos sabemos que escasean los artistas.

Pero, en fin, los *pierrots* al fin y al cabo son inofensivos. Lo que más nos ha regocijado han sido los «carteles de ideas», esos en que el pintor se dijo á sí mismo: «¿Baile de máscaras? Pues voy á mandar el cartel que presenté para el Congreso eucarístico del año 1897.»

Para eso está la crítica: para descubrir el símbolo del cartel, aunque en la mayoría de los casos no haya ni cartel ni símbolo.

De este género de anuncios en jeroglífico pictórico ó ideológico hay cuatro carteles estupendos.

El más notable es uno titulado K. K. O., que, por sobrarle todo, le sobra hasta la O final del lema.

Figuraos que el autor ha pintado delante de un paisaje suizo á dos ingleses ó alemanes extravagantes de la Agencia Cook

leyendo la *Biblia*, el *Beedcker* ó el segundo tomo del Proceso Ferrer, de Canals.

No sabemos qué oculto propósito decorativo y carnavalesco habrá tenido el autor de K. K. para presentar ese cartel. ¡Como no fuera el de darle un segundo golpe, ya que el primero del LXXXVII Congreso de Turismo no le resultó!

El segundo cartel jeroglífico es uno que no tiene lema, pero que tiene una bicha. Representa una señora desnuda, sin un solo trapo, «limpia de polvo y paja», como dice el ilustre académico D. Ricardo León. Esta señora tiene los brazos en cruz, y tiene un leve parecido en la actitud á Cristo y en la bicha á la concepción. Ustedes juzgarán si con esos elementos hay derecho á pintar un cartel anunciando un baile de máscaras.

Después de esta obra artística, que lo mismo podía llevar por lema «El Crucifijo carnavalesco» que «Toma tripita», ó «¡Que sube la bicha!», nada tan oportuno como otro cartel donde una ninfa roja se baña en un agua color de berengena con ondas negras y blancas.

¡Muy bonito! Casi se siente la brevedad del baile y de los antepalcos después del intermedio.

Finalmente, hay otra cosa que se titula *Nita*, y que representa una joven sentada detrás de una vidriera que nos ha emocionado. ¿En qué piensa esta joven? He aquí el problema, y no de color, que se propuso no resolver el autor de *Nita*. Ya hemos convenido que para eso está la crítica y están los ordenanzas del Círculo de Bellas Artes, que admiran profundamente á Viniegra.

Nosotros renunciemos á descifrar enigmas, como renunciemos á bombear, aunque lo merecen, los carteles *Claro de luna*, *Bohemios*, *Rosamunda* y *Mercedes*.

EL GRAN BUFÓN es enemigo de los bom-

# Hacia el equilibrio.

(Caricatura de Cito.)



El pacificador.

bos y de las bombas. Por eso no se casa ni sirve, como en otros tiempos, en los palacios.

**Un retrato de Moreno Carbonero.**

Vamos, el retrato no es de Moreno Carbonero, sino de Su Majestad la Reina doña Victoria; pero lo ha pintado Moreno Carbonero.

Nosotros, naturalmente, no le hemos visto, porque nuestra heroicidad no llega á tanto; pero sabemos que es un encargo del Marqués de Comillas—40.000 pesetas contantes y sonantes—que lo han expuesto en la Academia San Fernando y que lo han reproducido casi todos los periódicos ilustrados.

Ya eran estos muchos motivos para no verle; pero eso de que el autor sea Moreno Carbonero acabó de decidirnos.

Todos sabemos cómo pinta Moreno Carbonero. Digámoslo sin eufemismos: rematadamente mal.

Durante unos cuantos—muchos, desgraciadamente—años ha mantenido en España la tradición del cromo. Sus cuadros dan la sensación exacta de todo lo contrario del buen gusto, de la naturalidad y de la belleza.

¡Oh, las escenas del Quijote! ¡Oh, los dieciochecentismos moreno carboniles! ¡Oh, la Conversión del duque de Gaudí!

Recordar esos lienzos inmortales y estremercernos de emoción y de admiración es todo uno.

Porque nosotros admiramos muchas cosas ajenas al arte, y una de ellas es esa de conseguir que la gente, que precisamente no sabe una palabra de pintura ni de belleza artística y que, además, le tiene sin cuidado todo lo que se relacione con ambas cosas, regule el dinero y le compre cuadros á un pintor que no sabe pintar.

Y si no tuviésemos un piadoso desdén hacia el dinero y si no confiáramos en el renacimiento artístico de España, sería cosa de indignarnos levemente ante ese retrato, que sólo hemos visto en las revistas ilustradas y que al Marqués de Comillas le cuesta ocho mil duros.



**La vida es así.**

(Las nueve de la noche. Un comedor amueblado modestamente. La mesa está dispuesta.)

EL.—(Dejando caer el periódico con displicencia.)—¡Nada!

ELLA.—¿En ningún número?

EL.—En ninguno.

ELLA.—No sé cuándo acabarás por convencerte; te lo estoy diciendo todos los días; ¡Si no nos ha de tocar!

EL.—No sé por qué.

ELLA.—¡Bien! ¿Te ha tocado alguna vez? Es ganas de tirar el dinero. Ya ves, ahora: ocho duros. Lo que nos hacía falta para acabar el mes.

EL.—Ya suponía yo que iríamos á parar ahí.

ELLA.—¿Pues qué quieres que te diga? Bien lo sabes tú. Ahora, á ver cómo nos arreglamos. ¡Cuántas veces te he dicho lo mismo! Si el dinero que gastas en lotería, en vez de gastarlo, lo iríamos echando en una hucha... Figúrate cómo estaríamos ahora.

EL.—Es muy atinada tu observación. Pero siempre me la haces después del sorteo.

ELLA.—No digas eso. Cuantas veces te veo un décimo se me ocurre lo mismo. (Pausa.) ¡Dichosa lotería! Hoy ha venido el roador

de la luz y han tenido que decirle que no estaba yo en casa. Desde aquí he oído al hombre que decía: «¡Qué casualidad! En esta casa nunca está la señora.» Ya sabes lo desvergonzados que son. ¡Ocho duros! Señor... señor...

EL.—Por mucho que te lamente el Tesoro no ha de reintegrármelos. Cenemos.

ELLA.—Bien se conoce que cuando llaman á la puerta no eres tú el que tiene que salir á abrir.

EL.—(Malhumorado.)—¡Pues sólo faltaba eso!

ELLA.—Claro. Las mujeres somos las que tenemos que bregar con todo. ¡Si al menos valiesen de algo nuestros consejos! ¿Qué te decía yo á primeros de mes?

EL.—¿Sabes lo que estoy pensando? Pues que esta carne está como la piedra, y que las patatas no sabían á nada.

(La discusión se agría. A poco tórnase en disputa. El vuelve á la lectura de su periódico. Ella fija en el suelo la mirada de sus ojos llorosos.)

Son las doce. Un matrimonio joven que se acuesta en un lecho común no suele prolongar sus discusiones más allá de esa hora. Así, el nuestro, que se dispone ya á reconciliar el sueño.

ELLA.—¡Qué falta nos está haciendo un edredón!

EL.—Sí; se siente un frío horrible.

ELLA.—Si nos tocase la lotería...

Julio Carabias.

**Los Tiroleses.**  
**Empresa anunciadora.**  
 Conde de Romanones, 7 y 9.  
 MADRID

**La tortura Pascual.**

(Caricatura de Cito.)



Los recaudadores del Impuesto de inquilinato felicitan á V. las Pascuas.

# Para año nuevo.

¿Dónde se encuentran las cosas de capricho y económicas para regalos, como cestas, bandejas, pulardas, faisanes, capones, terrinas de foiegras, frutas de la Habana, jamones de York, Avilés y Trevélez, frutas francesas, turrónes, mazapanes, champagnes, licores, vinos del Rhin, viejísimos, Borgoña, Bordeaux y Oporto; galletas inglesas y francesas, como también los ricos mariscos y pescados que expende en la sección de pescadería?

## Casa de Angel Fernández.

Cedaceros, núm. 14.

ESQUINA A ARLABAN.—TELEFONO NUMERO 499.—MADRID

VEASE LA EXPOSICIÓN

*Queen  
Quality*  
CALZADO



En nuestra opinión no hay nada demasiado bueno para el Bello Sexo. Y con esta idea como norma es que hemos escogido el calzado "Queen Quality" para ofrecer á nuestras damas, en la certeza de que no han de encontrar en él nada que no corresponda al grado más alto de elegancia y buen gusto.

# EUREKA

Nicolás María Rivero, 11.

Para casa de los padres. (Dibujo de Félez.)



—Debe V. venir equivocada. Aquí lo que buscamos es un ama de cría soltera y decente.

—Bien, señora. Es que vengo á medias con una hija. Ella es el ama soltera. Y la decente yo...

**Biedma, Forógrafo**

GALERIA DE PRIMER ORDEN

Calle de Alcalá, 23.—Hay ascensor.

# EL GRAN BUFON

20<sup>CTS</sup>



*RMarin*

## SEMANARIO HUMORISTICO ILUSTRADO